

1

Marcharse en medio de un funeral sería, por supuesto, una descortesía. De modo que ausentarse durante el funeral de uno mismo era del todo inaceptable.

Cuando se inició el oficio religioso, el señor Ford se comportó tan bien como cabía esperar de un cadáver. De hecho, yacía sobre el catafalco mostrando un aspecto tan rígido e inexpresivo en la muerte como en vida, y Oscar Bennet, al contemplar a su (nada estimado) difunto vecino, se dijo para sí: *Qué suerte tienes, desgraciado.*

En esos momentos era el señor Bennet quien anhelaba escapar de la iglesia, y el negro abismo de la muerte parecía decididamente preferible al suplicio que padecía. En el púlpito, el reverendo señor Cummings leía (y leía y leía y leía) un pasaje del *Libro de oraciones* con el entusiasmo y pasión de un hombre farfullando en sueños, mientras que los bancos estaban ocupados por estatuas, las buenas gentes de Meryton, Hertfordshire, compitiendo para ver quién lograba permanecer inmóvil más tiempo exhibiendo la más sombría expresión de solemnidad.

Uno de los presentes había abandonado hacía rato esta competición: el señor Bennet. La señora Bennet no pudo resistir compartir su (escasamente) susurrado comentario sobre las asas y la placa del féretro. («¿Latón? ¡Qué vergüenza! La semana pasada la señora Morrison fue enterrada en un ataúd con adornos de oro, y su familia no tiene un céntimo.») Lydia y Kitty, las dos hijas menores de las cinco que tenían los Bennet, no cesaban de reírse tontamente por motivos que sólo ellas conocían. Entretanto, la hija mediana, Mary, de catorce años, insistía en silenciar a sus hermanas

en voz alta por más que éstas ignoraban una y otra vez sus recriminaciones, pues la joven se consideraba el principal árbitro de la virtud en Meryton, sólo por debajo del reverendo Cummings y quizás el mismo Jesucristo.

Al menos Jane, la hija mayor de los Bennet, mostraba un talante tan dulce y sereno como siempre, aunque el escote de su vestido resultaba un tanto atrevido para un funeral. («¡Muestra tus encantos, querida! —le había exhortado la señora Bennet esa mañana—. ¡Quizás asista lord Lumpley!») Y, por supuesto, el señor Bennet sabía que Elizabeth, su segunda hija, más pequeña que Jane e inferior a ésta en edad y belleza, pero no en espíritu e ingenio, no le daría motivos para sentirse avergonzado. Se inclinó hacia delante para mirarla, pues estaba sentada en el otro extremo del banco, y comprobó que ésta observaba la parte frontal de la iglesia con expresión horrorizada.

El señor Bennet dirigió la vista hacia donde miraba su hija. Lo que vio fue un lujo, conseguido no sin esfuerzo y hoy en día poco valorado: un hombre que iba a ser sepultado con la cabeza unida aún al tronco.

Sin embargo, esa cabeza... ¿No estaba ahora más inclinada hacia el lado izquierdo? ¿Los labios no estaban más tensos y los párpados menos? Es más, ¿no empezaban esos ojos a...?

Sí. Sí, en efecto.

El señor Bennet sintió que se le helaba la sangre en lugar de fuego en sus venas, y sus temblorosos dedos buscaron la empuñadura de una espada inexistente.

El señor Ford se incorporó y abrió los ojos.

La primera persona en reaccionar fue la señora Bennet. Por desgracia, su reacción consistió en ponerse a gritar de forma tan escandalosa como para despertar a los muertos (suponiendo que hubiera alguno cerca de allí que aún durmiera) y abrazarse a su marido con la suficiente fuerza como para partir en dos a un hombre menos fornido que él.

—¡Domínate, mujer! —dijo el señor Bennet.

Pero su esposa siguió abrazada a él, mientras sus redoblados alaridos provocaban en Kitty y Lydia un ataque similar de histeria.

La señora Ford, sentada en el primer banco de la iglesia, se levantó y dirigió trastabillando hacia el catafalco.

—¡Martin! —exclamó—. ¡Martin, amor mío, estás vivo!

—¡No lo creo, señora! —gritó el señor Bennet (al tiempo que tapaba la boca de su mujer con una mano)—. ¡Que alguien controle a esa mujer, por favor!

La mayoría de asistentes se habían puesto a gritar o se apresuraban a huir o ambas cosas a la vez, pero unas personas robustas consiguieron sujetar a la señora Ford antes de que pudiera cubrir a su esposo que acababa de resucitar con una lluvia de besos.

—¡Gracias! —dijo el señor Bennet.

Durante los siguientes minutos trató de librarse del abrazo de su esposa. En vista de que no lo conseguía, echó a andar de lado hacia el pasillo central de la iglesia, arrastrándola consigo.

—Me dirijo hacia allí, señora Bennet —dijo señalando con la cabeza al señor Ford, que trataba de salir de su ataúd—. Si quieres acompañarme, no tengo inconveniente.

La señora Bennet le soltó y, después de asegurarse de que Jane la seguía, cayó hacia atrás, desmayada, en brazos de su hija mayor.

—Llévatela de aquí —le ordenó el señor Bennet a Jane—. Y a Lydia y a Kitty también.

A continuación miró a las dos jóvenes que ocupaban los asientos siguientes en el banco, Elizabeth y Mary, la que estaba enfrascada en una conversación con sus hermanas menores.

—¡Los abominables han regresado! —gritó Kitty.

—Cálmate, hermana —dijo Mary con tono neutro. Era difícil descifrar si había logrado conservar la serenidad o había caído en estado catatónico—. No debemos precipitarnos en nuestros juicios.

—¿Precipitarnos? ¿Precipitarnos? —Lydia señaló al señor

Ford, que no tenía aspecto de estar muerto—. ¡Se ha incorporado en su ataúd!

Mary la miró impertérrita.

—Pero no sabemos si es un abominable.

Elizabeth sí lo sabía. El señor Bennet lo leyó en sus ojos, pues en esos momentos su hija le estaba mirando.

Elizabeth no conocía toda la verdad. ¿Cómo podía conocerla, cuando su padre se había visto obligado a ocultársela durante tanto tiempo? Pero para una joven sensata e inteligente como ella una cosa estaba clara: los abominables habían regresado, y era preciso hacer algo más que ponerse a gritar. Algo que su padre se proponía hacer.

Lo que Elizabeth no podía adivinar —ni siquiera soñar—era que ella iba a formar parte de lo que su padre se proponía hacer.

—Elizabeth —dijo el señor Bennet—, Mary, haced el favor de venir conmigo.

Acto seguido se volvió y echó a andar hacia el altar.

Hacia el zombi.

2

Al principio, Elizabeth no sólo tuvo dificultades en seguir a su padre, sino que le resultó imposible.

Con su madre desvanecida en un extremo del banco y Kitty y Lydia chillando como histéricas en el otro, ambos accesos al pasillo central estaban bloqueados. Elizabeth y Jane no conseguían inducir las a que hicieran algún movimiento aparte de agitar los brazos, y por fin Mary decidió propinar un bofetón a Kitty para calmarla. La táctica surtió efecto, en el sentido de que su hermana dejó de gritar y trató de devolverle el bofetón.

Un gemido procedente de la parte delantera de la iglesia interrumpió el rifirrafe. Comenzó como un sonido grave, un borboteo que surgía de las entrañas de la tierra, un grito lejano proveniente del mismo infierno. Poco a poco fue adquiriendo intensidad, dando paso a un agudo y penetrante alarido que hizo que los cristales temblaran y las vejigas se vaciaran en toda la capilla. Era un grito que hacía años que no se oía en Hertfordshire, aunque prácticamente todo el mundo sabía de qué se trataba.

El alarido de los zombis.

Los asistentes salieron disparados hacia la puerta como una gigantesca flecha negra, y la señora Bennet se repuso de su desvanecimiento con prodigiosa celeridad y sacó fuerzas de flaqueza para unirse a la masa de gente que trataba de huir. Jane la acompañó, pero no antes de volverse para dirigir una consternada mirada a Elizabeth y a Mary, quienes seguían plantadas en medio del pasillo mientras Kitty y Lydia y otros muchos feligreses pasaban corriendo junto a ellas.

Elizabeth podía por fin seguir a su padre. Pero ¿lo haría? ¿De-

bía hacerlo, cuando la razón le aconsejaba que escapara de allí cuanto antes?

La pugna duró un segundo.

¡Corre!, decía el Temor.

¡Obedece!, decía el Deber.

En esto sonó una tercera voz, que al principio Elizabeth ni siquiera reconoció, pues las señoritas de buena familia eran educadas para ignorarla. La voz del Yo.

Anda, ve, dijo. Sabes que siempre te has preguntado...

Elizabeth se volvió hacia la parte frontal de la iglesia, de cara a la multitud que pasaba a la carrera junto a ella, y echó a andar contra corriente. Cada rostro que pasaba volando junto a ella mostraba una expresión más aterrorizada que la última. Pero cuando la joven sintió que el pánico de los demás comenzaba a hacer presa en ella, amenazando con contagiarla, decidió no verlos. Todos y todo se confundía en una inmensa mancha oscura, hasta el extremo de que ni siquiera reparó en su tía Philips cuando ésta pasó junto a ella gritando:

—¿Qué haces, Lizzy? ¡Hacia allí! ¡Hacia allí!

Elizabeth no se atrevió a ver con claridad hasta haber alcanzado casi el extremo del pasillo. Fue entonces cuando se volvió, preguntándose si Mary la seguía, y comprobó que su hermana menor estaba detrás de ella, tan cerca que sus pasos rozaban el borde de sus faldas.

Sintió un alivio tan grande que incluso sonrió. Era un cumplido que Mary no estaba dispuesta a aceptar.

—Te estaba siguiendo, simplemente —dijo.

Cuando Elizabeth miró de nuevo al frente, vio que su padre estaba junto al catafalco, observándolas. No sonreía, pero sus labios se curvaban ligeramente hacia arriba y sus ojos mostraban una expresión chispeante que indicaba que se sentía entre divertido y satisfecho, como cuando él y ella compartían una broma en privado a expensas de su madre. Sólo otras tres personas se habían atrevido a acercarse (aunque no demasiado) al ataúd: la se-

ñora Ford; su hermano, el señor Elliot; y el reverendo Cummings.

Como es natural, el señor Ford también estaba allí, pero ya no contaba como «otras personas».

—Acercaos, hijas. No os morderá —dijo el señor Bennet—. Siempre y cuando no os aproximéis demasiado.

Con paso lento y vacilante, Elizabeth y Mary se dirigieron hacia su padre. Cuando se aproximaron el señor Ford se volvió hacia ellas, mirándolas con ojos vacíos. Elizabeth se tranquilizó al ver que mostraba una expresión tan familiar: el señor Ford nunca había sido el vecino más simpático, y su escasa reserva de jovialidad la destinaba a quienes entraban a comprar en su establecimiento.

Había sido el boticario del pueblo desde que ella tenía uso de razón, granjeándose fama de competente pero huraño y poco escrupuloso a la hora de apoyar el pulgar en el platillo de la balanza para inclinarla a su favor. Dos días antes, al agacharse para recoger medio penique que se le había caído en la calle, había sido atropellado por lord Lumpley, que había salido a dar un paseo en su cabriolé y había quedado momentáneamente deslumbrado por una risueña lechera. El incidente no habría tenido mayores consecuencias si su señoría no hubiese dado la vuelta en su vehículo para comprobar contra qué había chocado (y de paso echar otro vistazo a la joven), agravando el estado del señor Ford, que sólo había sufrido pequeñas heridas y contusiones, al amputarle ambas piernas.

—¡Ay, Martin, mi adorado Martin! —sollozó la señora Ford, y el señor Elliot tuvo que sujetarla con firmeza para impedir que estrechara a su marido contra su agitado pecho—. ¡Pensar que hemos estado a punto de enterrarte vivo!

Su adorado Martin se limitó a mirarla durante unos instantes con ojos vacuos antes de reanudar sus intentos de sacar el tronco del ataúd. Lo cual habría conseguido en el acto de habersele ocurrido aflojarse el pantalón, librándose literalmente del peso muer-

to de sus piernas amputadas, pero su inexistente facultad de raciocinio era incapaz de dar con esta solución.

—Estimada señora Ford —dijo el señor Bennet—, me temo que lo único prematuro en este singular sepelio es que ha estado a punto de llevarse a cabo con la cabeza de su esposo unida aún al tronco.

—¡No! —gritó la señora Ford— ¡Sólo estaba dormido! ¡Inconsciente! ¡Cataléptico! ¡Ya se ha recuperado!

Atraído por el sonido de las angustiosas protestas de la mujer, el monstruoso ser que ocupaba el ataúd empezó a mover perezosamente sus largos y rígidos brazos, tratando de alcanzarla.

—Urrrrrrrrrrrr —dijo.

—¿Lo ven? ¡Me ha reconocido! —exclamó la señora Ford—. ¡Sí, cariño, soy yo! ¡Tu Sarah!

—¡Por el amor de Dios! —suspiró el señor Bennet—. Lo único que reconoce en usted es una comida a su alcance. —Luego se volvió hacia el señor Elliot—. ¿No sería preferible que se llevara a la señora de aquí?

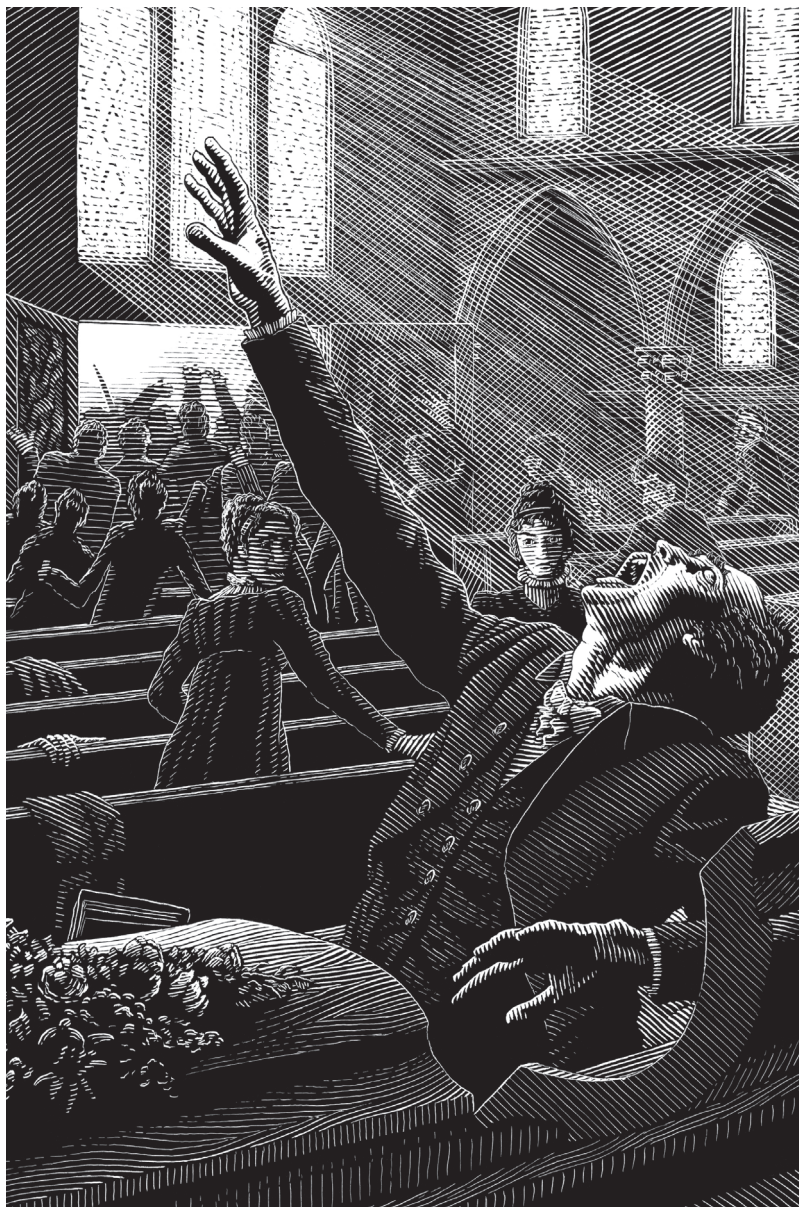
—Sí..., sí, desde luego —acertó a farfullar el señor Elliott asintiendo con la cabeza. Estaba claro que lo que deseaba ante todo era quitarse él mismo de en medio, pero al fin consiguió llevarse a su hermana tirando de ella mientras se apresuraba por la nave central de la iglesia.

—¡Maaaaarrrrrrrrtiiiinnnnnnnn! —chilló la señora Ford mientras su hermano la arrastraba hacia la salida.

—¡Urrrrrrrrahrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr! —respondió lo que quedaba de su marido.

—¿Cómo es posible que no vea lo evidente? —preguntó Mary. El bifurcado vecino que estaba incorporado en el ataúd le había causado una profunda impresión, sí, pero parecía casi más horrorizada por la reacción de la señora Ford.

—Querida, por una vez procura no ser tan severa en tus juicios —le amonestó el señor Bennet—. Confundir los deseos con la realidad es un pecado del que toda Inglaterra es culpable hoy en día,



*Era un grito que hacía muchos años
que no se oía en Hertfordshire.*

incluido tu estúpido padre. Nos habíamos convencido de que nuestra larga pesadilla había terminado, que había amanecido un nuevo día. Por desgracia, no ha sido sino un sueño. ¡Cielo santo, y yo parlotando con la de trabajo que nos espera! —Se volvió de nuevo hacia el ataúd y empezó a tamborilear con un dedo sobre su labio superior—. ¿Cómo vamos... a... matar a esa cosa?

Elizabeth se sobresaltó un poco, aunque no estaba segura de qué era lo que le había chocado. ¿Oír a su querido padre referirse a lo que había en el ataúd como «esa cosa», cuando «esa cosa» era un hombre que ella había conocido durante toda su joven vida? ¿O su tono frío y despreocupado al decirlo?

—Pe... pero, se... señor —terció el señor Cummings—, ¿está usted absolutamente se... seguro de que es un... un... un...?

El señor Bennet completó la reflexión del párroco.

—¿Un abominable? No cabe la menor duda. Nuestro doctor Long no es ningún Hipócrates, desde luego, pero no es tan incompetente como para equivocarse al diagnosticar que un hombre ha muerto cuando le han partido por la mitad.

El párroco reconoció la lógica de ese argumento con un nervioso gesto de asentimiento.

—Su... supongo que tiene razón. No obstante, ¿es preciso que... lo liquide aquí? ¿Prác... prácticamente sobre el altar? Como ha dicho, el pobre señor Ford no tiene piernas..., me refiero ad... adheridas al cuerpo. No creo que en su estado pre... presente ningún peligro.

—Señor Cummings, he visto a una cabeza, un cuello y unos hombros devorar a un guerrero escocés, incluida su falda escocesa.

Elizabeth observó que la mirada de su padre se posaba en ella unos instantes. Si buscaba algún signo de sorpresa, no tardó en verla, pues la joven ignoraba que su padre hubiera visto alguna vez a un innombrable.

—Sí —prosiguió el señor Bennet, fijando de nuevo la vista en el párroco—. Es peligroso. Cuando logre salir de ese ataúd, empe-

zará a deslizarse sobre este suelo de piedra a la velocidad de una serpiente. Es preciso acabar con él cuanto antes.

El señor Ford eligió ese momento (muy oportuno, por cierto) para precipitarse sobre el señor Cummings rugiendo y entrechocando los dientes, con lo que consiguió partirse de un mordisco buena parte de la lengua. Ésta cayó, gris y flácida como un viejo arenque, sobre sus rodillas, donde permaneció hasta que el señor Ford reparó en ella, la recogió y se apresuró a engullirla, gimiendo de placer mientras devoraba con fruición su rancia carne.

El señor Cummings carraspeó para aclararse la garganta.

—De acuerdo. Me in... inclino ante su mayor experiencia en estos menesteres. Pe... pero —el cura bajó la voz al tiempo que señalaba a Elizabeth y a Mary con la cabeza— procure que no estén presentes.

—Al contrario —contestó el señor Bennet—, deben estar presentes. Y ahora dígame, señor: detrás de la iglesia hay un cobertizo donde los jardineros y los sepultureros guardan sus herramientas, ¿no es así?

—Sí.

—¿Está cerrado?

—No de... debería estarlo. No en este momento. Haines y Rainey esperan fuera para en... en... enterrar al señor Ford.

—Excelente. Mary...

Pero ésta no le oyó, ni tampoco Elizabeth. Ambas contemplaban absortas al señor Ford mientras engullía no sin cierta reticencia su mano izquierda. Al parecer el sabor de la muerte le repugnaba, pues había escupido rápidamente su lengua a medio masticar, y se zampó sus dedos con escaso deleite.

De pronto alzó la vista, fijándola en el rostro de Elizabeth con los ojos oscuros y vacuos de un animal disecado, y soltó un gruñido.

—Mary —repitió el señor Bennet.

—¿Sí, papá?

—Ve al cobertizo de las herramientas y trae las tijeras de podar más grandes que encuentres.

—Sí, papá.

La joven echó a andar por la nave central.

—Y otra cosa, hija —dijo su padre—. Me refiero a unas tijeras tan grandes como las que tú puedas manejar. ¿Lo has comprendido?

Mary era una chica más bien paliducha y demacrada, por lo que no puede decirse que se pusiera blanca como la cera. Ya lo era de nacimiento. Pero ahora adquirió un aspecto casi transparente. No obstante, asintió con la cabeza y echó de nuevo a andar con paso firme y ligero.

El señor Bennet sonrió.

—Buena chica.

—¿Pre... pretende obligarla a...? ¿Pe... pedirle a su propia hija que...? ¡Señor! ¡Pero si es una niña!

—La niñez es un lujo que ya no podemos permitirnos —replicó el señor Bennet—. Pero no tema, señor Cummings. No obligaré a Mary a hacer lo que es preciso hacer. —Se volvió hacia Elizabeth—. A menos que su hermana me falle.

La chica miró a su padre asombrada. Era un hombre con gran sentido del humor, muy dado a las bromas, los guiños y los comentarios sarcásticos. Pero en estos momentos no bromeaba. Por alguna misteriosa razón, quería que ella...

Era demasiado espantoso para pensar siquiera en ello.

—Papá... No puedo.

—Calla, niña. Pues claro que puedes. Éste es un ser recién nacido a la oscuridad. Débil todavía. Los siguientes no serán tan fáciles de eliminar.

El señor Ford dio unos manotazos al aire tratando de alcanzar al párroco, con la suficiente energía como para que el ataúd oscilara un poco y se deslizara hacia el extremo del catafalco. Sus músculos rígidos debido al rígor mortis empezaban a relajarse, tornándose más flexibles, adquiriendo fuerza.

Elizabeth retrocedió un paso.

—¿Por qué yo?

La mirada de su padre, por lo general rebosante de pícaro afecto cuando se posaba en ella, se endureció hasta clavarse en ella como un adivino.

—¿Por qué no?

Como es natural, a Elizabeth se le ocurrieron docenas de razones, la primera y más importante porque era una señorita. Pero algo en los ojos de su padre le ofreció su respuesta antes de que ella pudiera abrir la boca.

Nada de eso importa. No si los abominables han regresado.

En ese momento apareció Mary portando unas enormes tijeras de podar y, demostrando una iniciativa que hizo sonreír a su padre, una guadaña.

—¡Magnífico! ¡Bien hecho, hija! —dijo el señor Bennet—. Ahora, señor Cummings, le ruego que no se desmaye todavía. Dudo mucho que tuviera oportunidad de administrar la extremaunción al señor Ford la primera vez que falleció. —El señor Bennet se acercó más al ataúd y se dirigió a la cosa que no cesaba de gemir, babear y dar zarpazos en el aire—. Parece que ambos están de suerte.

Cuando Mary se acercó al féretro, el señor Bennet le pidió que entregara a su hermana las tijeras de podar.